



MUJERES SOLAS

MARINO
GOMEZ SANTOS

PRÓLOGO AL LIBRO: "MUJERES SOLAS" de **MARINO GOMEZ SANTOS**

Junio 1959.- Pareja y Borrás, Editores

Marino Gómez Santos, joven asturiano de fisonomía casi infantil. Es ya un verdadero escritor. Como otros jóvenes de nuestro tiempo –de éste-, introduce en su conversación algunas frases o expresiones deliberadamente desgarradas como contrapunto a su entonación habitual. Pese a su aspecto, es hombre desenvuelto y decidido, sin caer en la osadía. Raramente es convencional en sus trabajos, pero su sinceridad no traspone el límite de la impertinencia.

Tiene, hablando como escribiendo, una buena imaginación literaria; si por imaginación se entiende –como yo creo debe entenderse- el arte de evocar la realidad con fuerza y lozanía, no el de deformarla, retorcerla o complicarla. En nuestras conversaciones le he oído hablar de Galdós y de Clarín, de su también coterráneo Campoamor o del grave vallisoletano Núñez de Arce, del Oviedo del Madrid (¿deberé advertir que no me refiero a los Clubs de “foot-ball”?) de mis años juveniles, con un conocimiento, una familiaridad y una justeza de representación verdaderamente sorprendentes, como sí los hubiera vivido. Se diría a veces que es un viejo que vive en sus recuerdos y que con ellos nos rejuvenece a los que podríamos tenerlos de primera mano o haberlos recibido de nuestros padres.

Todas esas cualidades –decisión, sinceridad, imaginación evocadora, información- que le servirían muy bien para mayores empeños literarios, las ha aplicado Gómez Santos a un género que podríamos llamar menor, pero que él ha sabido innovar –lo que en alguna medida es crear con recursos y formas originales. Porque realmente sus entrevistas y conversaciones. Porque realmente sus entrevistas y conversaciones con personajes célebres (ya sean valores ciertos, ya meramente contingentes, y en ocasiones elaborados a brazo y a empujones de osadía y enfermiza vanidad) nada tiene que ver con la monotonía del sistema de entrevistas que antes se seguía. Son documentos de viveza singular en los que la anécdota pierde importancia y en los que han desaparecido las preguntas que figuraban en los cuestionarios tópicos. (Los tópicos que en ellos puedan desfilar no son suyos, sino de sus personajes).

Grandes, pequeños o medianos los personajes aparecen situados en un ambiente, viviendo con una cierta intimidad y confianza, expresando con alguna espontaneidad su carácter, su manera de ser y de estar y el estilo de su vida. Y no hay vida ni carácter humanos que, retratados con sinceridad, dejen de ser interesantes.

El desenfado con que, no siempre pero sí muchas veces, sabe Gómez Santos destruir las máscaras para descubrirnos tras de ellas las personalidades reales, no hace sino beneficiarlas cuando tienen una fisonomía demasiado pública y estereotipada, sacándolas del nimbo en que suele encerrarlas la propaganda de agencia. Pero ni siquiera en las entrevistas biográficas más crudas –podríamos decir allanadoras-, como la que hace a Lola Flores, incurre en el vicio de la ofensiva impertinencia, lo que sería intolerable y de mal gusto. Ciertamente es que cada uno es el dueño de su personalidad verdadera y tiene el derecho de exhibirla o reservarla; pero el escritor tiene el deber de

captarla en su autenticidad cuando de este género se trata, si no se quiere que el género pierda todo un interés humano. Y este “interés humano” –en el que tanto insiste el periodismo contemporáneo- es sin duda lo que Gómez Santos aporta como novedad o perfección al género de la entrevista en nuestra prensa, del que González Ruano ha sido un gran maestro.

Su trabajo es una muestra más, a mi juicio, de la dignificación literaria que, a cambio de otras mermas, se ha producido en el periodismo español. Porque me parece indudable que hoy en España –midiendo por el término medio- se escribe mejor que hace veinticinco o cincuenta años. Tan cierto esto como que los niveles más altos han descendido, pues las figuras literarias más eminentes no alcanzan ni en el interés ni en perfección las cotas que alcanzaron sus predecesores inmediatas. Como también, sin duda, se ha perdido rigor en la jerarquización de los valores de calidad y todo anda por ahí revuelto y confundido, al margen de una recta estimativa. A cambio de ello, repito, creo que la línea media del decoro literario se ha elevado y que hay ahora más gente que escribe bien, con más gracia; como asimismo hay más lectores para los libros y publicaciones de discreto nivel. El paso de lo excelente a lo mezquino no se da hoy con tanta brusquedad como antes, y muchos de los géneros otrora acometidos por ganapanes de la pluma son cultivados por literatos de gesto y cultura. ¿Será acaso porque ayer, cuando todos los españoles querían ser diputados a Cortes o al menos candidatos, fue tema político dominante y casi exclusivo de nuestro periodismo, y hoy la despolitización del país ha liberado de aquél a muchas plumas que tienen que emplearse en otros temas? Hemos de consignar en este caso nuestra gratitud a los escritores que no orientan la suya hacia la pasión de los deportes o de sensacionalismos morbosos. Diversión por diversión, ésta que nos conduce a la comprensión de la vida de nuestro prójimo o al gusto de los juegos del ingenio, siempre será más noble y confortable. Pero hagamos aquí punto, antes de que la simple presentación de unas páginas de excelente periodismo literario se nos convierta en un tema grave. Limitémonos en este país, donde la envidia es tanta y tan dañina como la indiferencia o la ignorancia dogmática, a saludar con alegría la presencia de este nuevo valor.

Ramón SERRANO SUÑER

12 marzo 1959